

PREGON MATANZA. DICIEMBRE 2018.

Emilio Guadalajara



Muy buenos días tengan los aquí congregados;
En primer lugar, agradecer a la organización por darme la oportunidad de dirigirles este mensaje. Por cierto es el primer pregón que me han encomendado en mi vida.

En segundo lugar, agradecer su asistencia y ya que han venido, pedirles que sean benevolentes conmigo pues soy bisoño en este tipo de actos. Además porque no quisiera aburrirles.

En tercer lugar, decir a Jorge que es un liante por hacerme esta petición. Además de ello, decirme a mí mismo una vez más que «me apunto a un bombardeo». Uno que pide y otro que da, creo que es la mejor asociación que puede concebirse.

Como les decía anteriormente, no tengo experiencia alguna en pregones por lo que sencillamente se me ha ocurrido enlazar varias historias completamente ciertas.

La primera de ellas tiene que ver con D. Emiliano Monteagudo, el veterinario que un buen día me contó la tradición de capar a las cerdas, tras su primera maternidad, preparándolas así para su sacrificio. Quien le iba a decir a él, que un maqui, el llamado «Capador de La Frontera», le iba a enseñar esas artes. Las gentes de esta zona estaban convencidas de que esa forma de crianza y sacrificio, amén de práctica, se apoyaba en el hecho de que el mejor lomo y panceta era precisamente la del lado en que esa cerda «criona» se acostaba. Cuando he contado esto, nadie me cree porque no entienden cómo se puede acceder hasta los ovarios de una cerda con un corte de no más de cinco centímetros y además que el animal apenas sangrase. Hoy esa misma seguridad se da en los quirófanos y nadie se plantea tener errores. Aquel capador era sin saberlo todo un cirujano de primera.

La segunda historia ocurrió también en un pueblo y algo lejos de aquí, en la Serranía Baja. Cierta niño tenía unos tres o cuatro años de vida y le tocó vivir entre una familia dedicada al matagorrino. Así, en el corral de la casa el padre había construido una trinchera cimbrada con piedra de unos dos metros de larga, uno de ancha y medio de profunda. Esa sería la cama para chuscarrar el cerdo. Con mucha habilidad había colocado unas barras de hierro travesadas para dejar el animal levantado y de ese modo dejar hueco debajo para el fuego de aliagas. Y ustedes se preguntarán para qué tanto preparativo para una simple matanza. Bien, es que además del matagorrino doméstico, la familia se planteó seriamente vivir de ello, ya que Cuenca capital estaba muy cerca y se abrían muchas posibilidades de comerciar con derivados del cerdo: chorizos, morcillas, jamón, carnes en adobo...

Pero la relación de esa familia con los cerdos iba mucho más lejos del mero negocio.

Años atrás, parece ser que una vecina del pueblo tenía una cerda de parto y tuvo la desgracia de parir un lechón más que ubres disponibles. Como sabrán cada cerdito de la camada tiene asignada una teta que defiende con valentía frente a sus hermanos. Bien, aquel guarín tenía poco que hacer y por ello la vecina se lo regaló a esa madre de familia, ya que en el corral había todo tipo de animales: terneros, ovejas, conejos, gallinas... La verdad que tomar el guarín era un compromiso porque la familia no tenía tiempo para poder amamantarlo debidamente. La hermana de la madre, colindante además de tabique por medio, encontró una solución que les aseguro, les va a chocar. Un día antes, su perra había parido y su esposo le tiró todos los cachorros. La perra tenía las ubres a rebosar y la hermana tuvo la ocurrencia de acercarle el guarín. Bueno, debió ser un espectáculo ver como la perra lo tomó como propio y a su vez el cerdito encantado de tener para el solo ocho o diez ubres. Desde aquel día fueron inseparables.

El guarín creció y puede que mejor que sus hermanos de piara.

Por otro lado, al niño de esta historia su madre le amamantó la nada despreciable cifra de veintiocho meses. Según parece había hecho algún intento infructuoso de darle el «Pelargón», pero aquello no le gustaba. Bueno, pues ese Pelargón destinado para él, fue el alimento para el guarín. Cuentan que mien-

Pregón

tras le daba de mamar al niño, el cerdito no se quedaba tranquilo hasta que no se recostaba contra las piernas de la madre. ¿Se imaginan la escena? Ojala hubiese habido un fotógrafo para haber inmortalizado el momento.

Pero el famoso Pelargón provocaba estreñimiento en el animal. A veces si el niño tenía un atracón de teta también padecía ese estreñimiento. La cosa estaba clara. La señora cogía una cerilla y una tacita con aceite y desatascaba los intestinos de ambos. Tras ello la siesta relajante, el niño en el regazo, el guarín entre sus piernas.

Como se imaginan ese cerdo creció y fue el único animal que la familia no pudo sacrificar. Fue sin quererlo un cerdo de San Antón muy particular, porque acompañaba al padre cuando se iba a labrar y a la madre cuando iba por agua a la fuente.

En aquellas intermedias, se me ha olvidado contarles, que la madre era la que viajaba a Cuenca con el tren para vender sus productos de matagorrino. Salía a las seis de la mañana y volvía a las seis de la tarde. El pequeñín se tiraba medio día sin mamar. Así pasaba, que cuando el tren mensajero se acercaba al coto y daba un silbido, la pareja del alma (el niño y el cerdo) salían a todo correr calle abajo en busca de la madre viajera, el niño por comer y el cerdo por su siesta entre las piernas. Cuentan que no había fuerza humana capaz de retenerlos cuando oían el silbido del tren. Paulov los hubiese tenido de ejemplo para levantar su teoría universal del reflejo condicionado.

El tiempo pasó, el famoso cerdo, que nunca tuvo nombre, se hizo cincuenta veces mayor que el niño y fueron seres todavía más inseparables. Juntos salían a la calle y no tenían mejor cosa que hacer que llegarse hasta el regato y rebozarse en el agua. Se lo pasaban como «gorrinos».

La madre, veintiocho meses después del nacimiento de ese primer hijo, decidió unilateralmente que ya era hora del destete y la única posibilidad que tuvo fue embadurnarse el pezón con unte de los adobos de los lomos. Debió funcionar porque a partir de ese momento jamás volvió a pedir teta. Todo ello al más puro estilo del destete de los corderos.

Y llegó el día en que la familia decidió emigrar a la capital. Vendieron la casa, el carro y el macho, los animales... no el guarín de más de ciento cincuenta kilos. Una mañana los tres abandonaron el pueblo para no volver más. ¿Qué fue del animal? se preguntarán. Un final trágico donde los haya. Durante una semana seguida fue una y otra vez hasta la estación sin poder hallarnos. Alguien contó que murió del berrinche en una cuneta de ese camino. Otra persona tuvo la curiosidad de hacer un simulacro de autopsia con un simple cuchillo: su corazón había reventado, literalmente.

Bien, esta ha sido la segunda historia. Yo soy ese niño, Julia y Emilio mis padres, primero matarifes y después carniceros. Cañada del Hoyo el lugar donde se desarrolla la historia. Los dueños de la





perra nodriza mi tía Asunción y mi tío Victorio, hoy fallecidos.

No quiero entristecer esta jornada con esa tragedia y por ello quiero decirles que volví a revivir el matagorrino cuando en 1.984 llegué a El Tobar. Allí conocí a Cipriano Perula, mi vecino que todos los inviernos cumplía con la tradición de la matanza. El tío Leoncio era el maestro de ceremonias pues ordenaba como había que realizar el buen chuscarrado. Nadie daba una vuelta al cerdo en la cama sin su permiso.

En fin, como he dicho en un principio, no quiero parecer pesado. Tan solo me queda darles las gracias por su atención y desearles un buen día de matagorrino en compañía de sus amigos y familiares.

Me gustaría dedicar este pregón en primer lugar a mis padres, en segundo lugar a mis siempre queridos alumnos y alumnas de Masegosa. En tercer lugar a todos los presentes.

Gracias, muchas gracias.



PORTAL DE SERRANÍA, S. L.
LA FRONTERA (Cuenca)